

—No en vano le llamaban á usted *el Arrojado* cuando era militar; pero es preciso que se penetre usted, padre mio, de la diferencia que existe entre la posicion social que ocupa usted en el dia, y la que entonces ocupaba siendo soltero, y hallándose exento de obligaciones...

—Si de todos modos nos han de fusilar, vale más morir peleando.

—Obrando con prudencia ¿por qué nos han de fusilar?

—Porque si no caemos esta noche en poder de nuestros verdugos... nos encarcelarán mañana, y lo mismo tiene.

—Evitemos hoy caer en sus garras, y despues nos asistirá Dios...

—¡Dios!... no parece sino que Dios se complace en proteger á los malvados. El corazon me engaña raras veces, y no sé qué presentimiento fatal me anuncia que caminamos á nuestra perdicion. Ya me parece que me veo en poder de nuestros enemigos..... Si esto sucede, como el corazon me lo dice, jamás me consolaré de no haber luchado por la libertad de mi patria hasta exhalar el último aliento... ¡Debe ser tan horrible morir en un cadalso!

—¿A qué viene esa reflexion ahora?...

—¡Silencio!...—esclamó el mas viejo de los interlocutores en ademan azorado.

—¿Qué sucede?—preguntó alarmado á su vez el mas jóven.

—Oigo las pisadas de una patrulla.... ya la veo..... está cerca de nosotros..... y no hay donde refugiarnos..... ¡Y no he tenido la precaucion de cargar mi trabuco! Dame el tuyo...

—¿Para qué?

—Para hacerles fuego.

—Es una imprudencia..... Si pudiéramos echar á correr des-

pues del disparo... pero nuestras fuerzas están agotadas ya...

—De todos modos hemos de morir..... dame esa arma—gritó el de mas edad con exaltacion, apoderándose del trabuco de su compañero, y dejóle el suyo en las manos. Este le cargó precipitadamente.

—¡A ellos!—gritó el primero con voz atronadora disparando el trabuco.—¡A ellos, muchachos!...

Su compañero prorumpió tambien en desaforados gritos, y como la patrulla que seria sin duda de corta fuerza no esperaba tan brusca embestida, retrocedió precipitadamente, porque no podia figurarse ser acometida por dos hombres solos.

Cerciorados los dos patriotas del triunfo que acababan de obtener, dijo el mas jóven:

—Huyamos ahora.

—¿Qué es eso de huir?

—Nos hemos salvado por una casualidad, y no debemos esponernos...

—¿A morir?..... Si nos han de fusilar mañana, quiero morir esta noche peleando.

—Padre, por Dios...

—Así como han huido estos, huirán tal vez los de la calle del Príncipe... Corramos en auxilio de nuestros camaradas.

—No puedo consentir en ello... es una temeridad que de ningun modo puede tener buen resultado.

—Tambien te oponias á que hiciera fuego contra esa patrulla... La fortuna acompaña siempre á los valientes, hijo mio...

—Pero no á los temerarios. Huyamos, padre.

—No me repitas esa vergonzosa palabra. Jamás he apelado á la fuga para salvar mi vida.

—La fuga no deshonra cuando es imposible resistir á fuerzas infinitamente superiores.

—Los esclavos son cobardes.

—Los soldados españoles, padre, cualquiera que sea su divisa son siempre valientes. Hemos hecho mas de lo que reclama de nosotros el deber de buenos liberales... Vámonos ya...

—¿A dónde?

—A cualquier parte.... conviene separarnos de aquí..... Nuestro disparo ha debido llamar forzosamente la atencion, y en breve nos veremos envueltos...

—¿Prefieres morir en el cadalso?

—Prefiero salvar la vida... tenemos esposas é hijos.

—¿Dónde podremos ahora refugiarnos?

—¿Qué sé yo?...

—Siento desistir; pero ya que te empeñas...

Y el de mas edad se quedó meditabundo.

—¿En qué piensa usted?— le preguntó el mas jóven.

—Retirémonos á casa.

—No es prudente, seria inevitable tropezar con las patrullas que recorren las calles; y aun cuando venciéramos el imposible de no escitar sospechas, no estaríamos seguros en el hogar doméstico. Nos arrebatarían del seno de nuestras familias para conducirnos al cadalso.

—¿Qué remedio pues nos queda?

—Arrojar estas armas...

—Eso no, hasta hallarnos en puerto de salvacion.

—Nuestro puerto de salvacion está en la primera casa á cuyos dueños pidamos hispitalidad.

—Eres muy confiado, hijo mio

—Conozco muy bien los nobles sentimientos de los hijos de Madrid.

—Si damos con personas que no profesen nuestros principios políticos...

—Nos salvarán. La desgracia es siempre una recomendacion para los madrileños, cualquiera que sea su modo de pensar en política. Padre, arrojemos las armas, y llamemos á cualquier puerta.....

—¿Lo quieres así?....

—No nos queda otro recurso..... y es preciso no perder tiempo... Si pasa otra patrulla seremos fusilados como el pobre sordo.

—Ea pues, vaya con mil diablos mi arcabuz..... Y siento desprenderme de una joya que ha vengado á nuestros camaradas, dando pasaporte para los infiernos al gefe de los polizontes.

—¿Cree usted que ha muerto?

—Le he visto caer.

—Sí; pero le han recogido, y se lo han llevado sus compañeros.

—Milagro es que hayan hecho tan buena accion.

—Eso me induce á presumir que solo estará herido.

—No quisiera hallarme en su pellejo.

—Tal vez moriremos nosotros antes.

—Me parece que nos lleva buena delantera.

—Con todo, nuestro peligro es grande, y cada instante que pasa se hace mayor. Vengan las armas, las arrojaré en esa alcantarilla, mientras usted llama á la puerta mas inmediata.

En efecto, el de mayor edad llamó á la puerta de la casa que le pareció mas decente, mientras su amigo se separaba algunos pasos para arrojar las armas en una alcantarilla.

El de la puerta tuvo animadas esplicaciones, primero con el criado y luego con el dueño de la casa.

Por último se les franqueó la entrada en ella.

Desgraciadamente habia aparecido por una esquina el sereno de aquel barrio, sin ser notado por el que acababa de separarse de la alcantarilla.

El sereno, que habia visto brillar una de las armas al reflejo de un reverbero, se puso en acecho, y cuando la puerta de la casa hospitalaria volvió á cerrarse, aproximóse á ella, tomó nota del número, y desapareció cantando las dos de la madrugada.

